



La alegría en la calle

Entrevista de María Esther Gilio

“Somos el pueblo y decidimos”

A las 6 de la tarde en el Paso Molino y en los alrededores de El Prado los vecinos tomaban mate a la puerta de sus casas. Parecía una tarde de domingo cualquiera, soleada y calma. Sin banderas ni gritos. Sólo una familia parecía festejar y el festejo llegaba hasta la calle, donde dos viejos y unos niños tomaban refrescos. Sorprendida pregunté al más viejo si festejaban el Sí o el No. “Festejamos el cumpleaños de mi hija Ana Teresa y de mi nieta mayor, Paola. El Sí no lo festejamos.”

—¿Esperan los resultados o están con el No?

—Aquí en casa hasta los que no votan votan la afirmativa. Y saber qué ganó ya se sabe. Ganó el Sí.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque los uruguayos no somos bobos. A nosotros no nos hacen votar lo que no queremos, así nos traigan un batallón armado. A estos les pasó lo mismo que a los milicos en el 80. Se metieron solitos en la bolsa.

—¿Qué bolsa?

—La de la ilusión. ¿Usted se da cuenta de lo que gastaron en televisión, radio y diarios? Ahora seguro de que estarán haciendo las cuentas para ver cuánto le toca a cada uno. No quiero ni pensar.

Don Manuel no se equivocaba. El Sí robó.



Jorge Armeal

A las 9 de la noche 18 de Julio estaba totalmente invadida no por los partidarios del Sí en general, sino por los festejadores de siempre. Cerrada para vehículos entre Ejido y la Plaza Independencia, concentró en ese tramo el máximo del festejo. Tamboriles, bailarinas de candombe sobre zancos y saltarines cantores de estribillos políticos.

Dos jóvenes con las caras largas dicen que están allí pero no festejando. “¡Pero si recién estaban saltando!” “Sí, claro, porque nos habíamos olvidado que mañana tenemos un examen. Si conseguimos olvidar festejamos, pero nunca por mucho rato porque el examen se nos aparece como un fantasma y no nos deja. ¿Hay derecho?”

—A tener tan vigoroso sentimiento de culpa claro que no hay derecho—dije yo. Pero no sé si me oyeron porque otra vez se había puesto a saltar.

“Y ya lo ves, y ya lo ves, es para el Cuqui que lo mira por TV.”

Otras dos chicas del mismo grupo que venían atrás tomaron la posta abandonada: “A mí me parece que este país todavía está vivo. Y que se mueve por las cosas que le importan. Porque... A veces lo veo como un país de viejos. Pero cosas como ésta nos demuestran que no”.

—¿Edad?

—Todas estamos entre los 18 y los 19.

Un niño de 10 años disfrazado del Sí, también quiso hablar. “Yo no quiero que vendan nada del Uruguay. Capaz que un día empiezan a vender las playas.”

—¿Quédate tranquilo que ahí sí que se arma. Pero ¿quién te dijo?

—La hermana del novio de mi hermana que es monja. Ella dice que en un país de Africa empezaron vendiendo la playa y despacito despacito vendieron todo. Las montañas, las minas de diamantes, las personas, las cataratas, los leones y las casas.

—¿No te acordás cuál era el país?

—No. ¿Puedo mandar un saludo a

mi amigo Juanjo que va a la escuela Chile?

Una pareja de gente mayor dice estar contenta con el Sí. “Muy contentos, nos gusta esto que pasa” —dicen, pero la cara es tan melancólica que nadie podría creerles.

—¿Qué les gusta?

—Que privaticen.

(¡Dios mío, otra vez la confusión! pienso.)

—Pero el Sí no es para que privaticen, señor.

—¿Ah, no? Bueno, ¿sabe qué pasa?, nosotros somos argentinos, de Mar del Plata, y como se trataba de privatizar o no privatizar y salió el Sí. Pero claro..., yo le decía a mi señora. “Mirá qué contentos, no saben en la que se metieron”. Mire lo que nos pasó con Aerolíneas Argentinas. No nos compraron una compañía, nos compraron las rutas. Eso les interesaba. Y ahora viene Iberia y las suma a las que ya tiene. Aerolíneas Argentinas ¡un corno! —dice súbitamente furioso—. Se fue a las nubes ja, ja, ja, como quien dice. Ya no tenemos ni aviones, porque se llevaron los mejores, ni rutas, y tampoco ilusiones, porque, dígame, ¿usted sabe quiénes van a viajar? Yo no voy a viajar.

—¿Y por qué me dijo que estaban contentos?

—Piénselo un poco. Uno no viene a un país a escupir el asado. Y este pueblo está muy contento. Los felicito. Ustedes siempre fueron más inteligentes que nosotros.

Un bancario de 55 años con ropa de bancario, expresión de bancario honesto y lentes de cualquier bancario, se muestra contento sobre todo de que “ganamos a pesar de la propaganda. ¿Sabe lo que fue eso? Ellos dijeron: ‘Acá hay que poner un millón arriba de la mesa y olvidarse del problema’. No, no, y no. Yo le digo una cosa: si en lugar de gastar tanto hubieran hablado claro, capaz que ganan. ¿Sabe lo que digo yo? Que se jodan”.

—¿Qué quiere decir con eso de hablar claro?

—Ellos no nos dijeron que esa plata era para pagar la deuda. No dijeron que hay que pagar, porque si no pagamos los bancos extranjeros no nos prestan para invertir. Si hubieran hablado. No sé, no los entiendo. Y bueno, si nos tratan como a chiquilines que se embromen.

Un obrero de 28 años que mira con amplia sonrisa a los que pasan dice: “¿Sabe lo que me gusta a mí?, que nosotros estamos decidiendo. Somos el pueblo y decidimos. Si le cuento... mi viejo lloró cuando vio que en la televisión nos llamaban ‘el soberano’. Y mi tía que de joven era maestra en Paysandú nos contó que Artigas siempre hablaba del ‘pueblo soberano’. Me contó de un congreso que hubo creo que en Buenos Aires donde Artigas dijo que al lado del pueblo, él no mandaba nada. Y era Artigas. Yo me siento muy orgulloso. No sé si estará mal”.

Otra que se sentía orgullosa era un ama de casa y pensionista de 55 años que según dijo venía llegando de Tacuarembó.

—Allá en Tacuarembó está todo bárbaro—dijo con la cara llena de risa.

—¿A pesar de tratarse del Interior, que es tan blanco?

—Ah sí, a pesar de eso estaba bárbaro.

—¿En qué sentido? ¿Hay muchos blancos que se dieron vuelta, que no son más blancos?

—No, siguen blancos, pero están contra el gobierno.

—Yo querría entenderla bien. ¿La gente piensa que este gobierno conduce mal el país o piensa que en esto que quiere hacer hay simplemente una posición errónea, o piensa en deshonestidad?

—No deshonestidad, no, yo creo que a la gente no le gusta como están gobernando..., y no les gusta. No sé bien, sé que los blancos que están en contra son le-

gión en Tacuarembó. Y esos están más a favor del Sí que los de otros partidos. Es así. El ser humano es así, es raro, hay que convencerse. Pero en este caso están bien. Yo, de acuerdo.

La ola de gente nos lleva y nos trae. Son cientos gritando “Uruguay, Uruguay, Uruguay”. Una expresión de autoestima que calienta el corazón. Qué bien nos viene un poco de optimismo. Al lado mío un muchacho me pide que saque fotos. “Saque, saque fotos, esto hay que grabarlo.” “No es una cámara, es un grabador. Si quiere hablar para BRECHA puede. Dígame qué hace.”

—Soy canillita. Esto es notable, notable. El pueblo uruguayo es así, cuando uno menos lo espera nos da la sorpresa. Cuando el país nos necesita ahí estamos.

—No le parece raro que hayan votado el Sí con tanta propaganda como hubo por el No.

—Al pueblo uruguayo ya no le meten el perro.

Yun docente de 46 años: “Creo que este es un punto de cambio, va a ser una instancia de reflexión para el propio gobierno que a partir de esto tendrá que rever su política económica”.

—¿Y no quería reverla con lo que se proponía?

—El pueblo entendió que el remedio era peor que la enfermedad.

En la Plaza Libertad con una botella de cerveza en una mano, banderita del Sí en la otra y camiseta con agujeros, un ciudadano festeja. Le pido edad y ocupación y responde edad 45 años, ocupación vago.

—¿Vago?

—Sí—dice con el aire de “qué se le va a hacer”—, yo soy un vago.

—Bárbaro, no tengo ninguno. Cuénteme por qué cree que ganó el Sí.

—Bueno, pero le respondo esto y más nada. Los dados estaban echados; a los pueblos no se les puede llevar de las orejas.